

**“LA CRÍTICA LITERARIA, EN EFECTO, DEBE SER UN ARMA
IMPORTANTE PARA REVELAR LOS MECANISMOS IDEOLÓGICOS DE LA
OPRESIÓN DEL SISTEMA Y DE SUS ÉLITES”**

ENTREVISTA A YOLANDA WESTPHALEN

Carolina Sthefany Estrada Sánchez
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
estradasanchezsthefany@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-0513-0395>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.194>

Yolanda Westphalen es crítica literaria y profesora de la escuela de literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), donde también obtuvo su maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana; asimismo, es doctora en Estudios Iberoamericanos por la Universidad de Toulouse II-Jean Jaurès (Francia). El 2001 el Fondo Editorial de la UNMSM publicó su libro *César Moro, la poética del ritual y la escritura mítica de la modernidad* y, en el 2005, las “Actas del Coloquio Internacional César Moro y el surrealismo en América Latina”; luego, en el 2014, salió a la luz su libro de ensayos *Apuntes en voz alta*. Además, colabora en numerosas revistas especializadas y, entre sus últimas publicaciones, encontramos *El fetiche de la carta y los polémicos tiempos modernos* (2021) y *El eslabón perdido. Surrealismo, indigenismo y neoindigenismo en Abril, Arguedas, Moro y Westphalen* (2022).

Es evidente que el estudio de las vanguardias latinoamericanas, así como de sus representantes y sus principales obras, continúa vigente. ¿A qué cree que se deba este fenómeno?

Desde mi punto de vista, las vanguardias significaron tanto una nueva corriente artística y literaria como un cambio de paradigma. Se trata de la apertura de un nuevo periodo histórico luego de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa que rompió la cadena de la dominación capitalista por su eslabón más débil. A su vez, inició un periodo de grandes convulsiones sociales y de considerables avances científicos y tecnológicos, así como la emergencia de nuevas sensibilidades artísticas y búsquedas de utopías y mundos posibles. En casos como el del Perú y el de otros países latinoamericanos, tales cambios se sumaban al de la poscolonialidad y a la reivindicación de sus raíces ancestrales como propuesta contracultural. Entonces, si la vanguardia sigue vigente y se actualiza permanentemente, es porque la situación abierta a inicios del siglo XX no solo no ha desaparecido, sino que la crisis ha devenido más profunda y conflictiva. Es más, a pesar de los intentos de capturar el arte y la literatura hacia el mercado capitalista a fin de convertirlos en una forma vacía de su contenido revolucionario, la propuesta de vanguardia resurge renovada y cíclicamente con más fuerza.

Respecto de la pregunta anterior, las vanguardias se mantienen imperantes en la investigación académica y en la creación literaria. Teniendo en cuenta a autores contemporáneos, ¿de qué manera ha percibido usted esta influencia?

Creo que la vanguardia en tanto tal tuvo su vigencia en un determinado momento histórico y que el contexto actual presenta sus propias formas para expresar, desde una perspectiva crítica y contracultural, la nueva sensibilidad antisistema de la época. Estableciendo esta premisa, considero que muchas de las estrategias de la vanguardia como el multiperspectivismo, la escritura fragmentaria, la hibridez y la fluidez de géneros, el arte conceptual y la *performance*, entre otros, siguen vigentes. Lo interesante es que muchos de estos recursos y estrategias discursivas se emplean para crear nuevos efectos de realidad. Esto se advierte, por ejemplo, en las distintas voces presentes en “BAvioLADA” del libro *Las hijas del terror* de Rocío Silva Santisteban, poema en el que el multiperspectivismo nos trae la dimensión de la posesión forzada de las mujeres durante el conflicto armado interno, o también en el lenguaje astillado en *La sangre de la aurora* de Claudia Salazar. En ese sentido, los distintos cuestionamientos sobre los materiales como el color, el volumen, el espacio, la temporalidad o los signos, planteado por los creadores de inicios del siglo XX, se renuevan y confluyen con la autoconciencia artística, y la interpelación al lector/espectador. Tal es el caso de muchas de las *performances* en las que el propio cuerpo de las mujeres encarna a las empleadas domésticas y a la diferencia de clases, o se convierte en signo de la migración, el patriarcado y la violación como sucede con las *performances* de Regina Galindo en Guatemala. No obstante, ya no se trata de buscar un efecto de realidad mimética externa; antes bien, el arte de vanguardia busca una identificación vivencial, pulsional y cognitiva que logre perturbar al participante del acto artístico.

En una sociedad en constante cambio, resulta interesante destacar la inserción de nuevas formas de producir literatura. Los medios digitales, la inteligencia artificial y otras tecnologías han tomado un lugar en el ejercicio creativo. En ese orden, ¿qué opinión le merece el empleo de estos recursos para generar textos literarios?

En el caso de los avances tecnológicos, considero que, como toda creación humana, depende de quién los utiliza, cómo los utiliza, a quién los dirige y con qué objetivo. La fisión nuclear puede servir para crear energía eléctrica, térmica y mecánica, o para

mejorar las condiciones de vida de la humanidad, e igualmente para producir bombas atómicas y llevar a la destrucción a la humanidad. Es decir, el problema, desde mi punto de vista, son las relaciones sociales de un sistema y sus élites dominantes que se apropian de las conquistas científicas y tecnológicas para sus propios intereses económicos, políticos y militares, y no de la tecnología en sí, que naturalmente puede ser utilizada también para crear nuevos parámetros artísticos, culturales y desarrollar otras sensibilidades. Puedo utilizar la IA para formular nuevas preguntas y acceder a inmensas bases de datos para reformular viejas concepciones, o acceder a ella para plagiar y repetir acriticamente lo acumulado hasta el momento por bases de datos cuyas informaciones provienen de los centros científicos del poder (y que muchas veces son unidimensionales).

El estudio de la literatura ya no es exclusivamente hermético, pues ha expandido sus posibilidades interpretativas a través de diversas herramientas brindadas por la transdisciplinariedad. Sin embargo, esto ha sido motivo de críticas que se bifurcan en dos frentes: cuestionar la pertinencia de estos abordajes o respaldar su relevancia. A partir de lo expuesto con anterioridad, ¿cómo percibe el estado de la cuestión de la investigación literaria?

La alternativa que se propone en la pregunta es excluyente y creo que no debe ser así; apuesto plenamente por la transdisciplinariedad, pero sin abandonar las conquistas de los estudios literarios. La división en disciplinas contribuyó a un avance analítico de diversos ángulos de estudio respecto de la realidad; ahora bien, la transdisciplinariedad es un intento de regresar a una perspectiva de totalidad, aunque ya no una totalidad rígida y de compartimentos estancos, sino una de naturaleza fluida que incorpora en sí la riqueza de todos los campos particulares dialogando entre sí. Pero este diálogo, este coro polifónico de voces, siempre se produce desde un lugar de enunciación, y el nuestro es el del análisis del discurso, vale decir, el de los recursos retóricos con los que se configuran la consciencia social y sus diversas formas culturales. Por ello, considero que la investigación literaria está en un proceso de replanteamiento sobre su corpus de estudio, sus metodologías y la función del propio investigador, de ahí que sea absolutamente crucial el debate sobre la heterogeneidad cultural, la perspectiva transversal de género y la necesidad de reconfigurar una nueva totalidad contradictoria.

La experiencia de ser mujer y escribir en un país latinoamericano puede resultar compleja. Así, la enunciación desde el cuerpo, la maternidad o el espacio íntimo son algunos de los enfoques vitales a partir de los cuales se ficcionaliza. Estas miradas se encuentran cargadas, en la mayoría de los casos, de componentes políticos, sociales o culturales, e inciden en los distintos géneros discursivos. En ese sentido, ¿ha detectado, en las diversas producciones, algún giro de tuerca en las formas de configurar los discursos asociados al género?

Creo que uno de los campos que ha aportado más en los estudios literarios recientes es el de los estudios de género. Las escritoras se han ido apoderando de todos los géneros y en este proceso los han canibalizado para incorporar nuevas sensibilidades y resignificar géneros y tópicos: en el siglo XIX recurrieron a la novela (romántica, híbrida y realista) para configurar sus propias imágenes de nación, y aunque los críticos de la época las quisieron reducir a una nota a pie de página, las obras de Clorinda Matto y Mercedes Cabello, por ejemplo, marcaron una época y el desarrollo posterior del campo literario; Magda Portal y Rosa Arciniega, por su parte, aportaron a la vanguardia una nueva concepción del rol de la poesía, la crítica al sistema y nuevas utopías y distopías. La denominada Generación del 50, a su vez, recurrió a una neovanguardia que incluía la variable de género en su voz —más allá de que ellas lo admitieran o no— desde el alumbramiento, la maternidad o la autoconciencia poética; la generación de los años 80 nos introdujo en la recuperación de la sexualidad como vivencia física y metáfora de lo social, el papel de un cuerpo que siente, piensa y se convierte en materia significativa, así como la consciencia de que lo personal es político. En síntesis, todos los géneros tradicionales han sido subvertidos (poesía, narrativa, dramaturgia, autobiografía) y se plantea la necesidad de descubrir y estudiar nuevos géneros para trazar el aporte de las escritoras en la historia y para reconfigurar la historia misma de la literatura.

La presencia de las mujeres en la crítica literaria no es más un caso aislado. Respecto de su experiencia, es posible dar cuenta de la cantidad de proyectos de investigación en los que se encuentra involucrada y el equipo con el que los gesta. No obstante, esta es una realidad más reciente de lo que parece, pues lamentablemente aún existen determinados prejuicios que cuestionan la

participación femenina a nivel científico. Desde su perspectiva, ¿cómo ha evolucionado este fenómeno?

Mi primera reflexión es que la recuperación y el reconocimiento de las obras de teorización y crítica literaria escrita por mujeres es aún un territorio por conquistar. Es uno de los espacios más difíciles para el reconocimiento del aporte de las mujeres y un área cuya exclusividad se niegan a perder los representantes del sistema hegemónico en el campo cultural; y quizás esto se deba a que tanto la teoría como la crítica son claves para la determinación del corpus y el canon al interior del campo literario. Por tal motivo, cuando los estudiosos de la literatura hablan de aquellos que forjaron la crítica y la teoría literaria en el país, así como el capital simbólico acumulado, la presencia de las mujeres es virtualmente inexistente. Y ahora que surge toda una pléyade de críticas veo que existe otro fenómeno que es el de limitar su presencia y reconocimiento al campo de los estudios de género; en otras palabras, crear un nuevo gueto, particularizar nuestros aportes y negar la naturaleza universal de sus búsquedas y propuestas.

Desde su experiencia como docente y directora de la Escuela de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ¿considera necesaria la instauración de un nuevo enfoque a nivel curricular para una mejor inserción laboral de los estudiantes y egresados? Teniendo en cuenta que el campo de acción muchas veces se restringe al ejercicio de la docencia escolar, y no a la investigación académica, ¿cuáles serían los principales aciertos y desaciertos de una carrera con una larga tradición histórica?

Considero que uno de los objetivos debe ser recuperar la naturaleza académica y no solo profesional de algunas carreras, lo cual implica cuestionar la actual ley universitaria que trata de ligar todas las escuelas y facultades a las demandas laborales y del mercado. En ese sentido, no debemos caer en la trampa de la disyuntiva entre una universidad de camarillas y panacas, y una universidad neoliberal. Obviamente no basta con cambios en la universidad: si queremos una universidad de investigación y que la escuela de Literatura pueda recuperar tal espacio, eso implica cuestionar la política de investigación que quiere ser convertida en un apéndice de lo que el profesor Carlos García-Bedoya denomina la República empresarial y sus intereses económicos y políticos. Así, el pensamiento crítico es clave para la investigación y la creación, y en un periodo de IA resulta indispensable frente a cualquier intento de uniformización tecnologizante. Desde

luego, la Escuela de Literatura debe preocuparse por ofrecer alternativas de inserción laboral, pero no a costas de su objetivo como disciplina y formación. La opción de la oferta de cursos complementarios que puedan ayudar en este camino, mientras se encaran los problemas de mediano y largo plazo de la investigación, son válidos, pero no pueden sustituir el perfil de nuestra carrera específica, que es el de estudios literarios. Concentraciones de edición o de gestión cultural, e incluso diplomados o segunda especialidad de educación son bienvenidos; sin embargo, no deben constituir el objetivo central de nuestra especialidad.

En diálogo con la pregunta anterior, ¿cuáles son actualmente los intereses de los estudiantes de literatura en función de las especializaciones que desean realizar? Debido a estas nuevas orientaciones, ¿a dónde considera que se está dirigiendo la crítica literaria en los próximos años?

A mi entender, en primer lugar, el corpus de la literatura tradicional se está ampliando a partir de la noción de la existencia de varias literaturas: la literatura culta o de élite, la literatura en lenguas originarias y la literatura popular, clasificación planteada por Antonio Cornejo Polar, y a la que yo añadiría la necesidad de incluir en estas variables una perspectiva transversal de género y las nuevas perspectivas de inter y transdisciplinariedad. Reconfigurar esta nueva totalidad contradictoria me parece decisivo en el Perú. En segundo lugar, es indispensable intervenir como agentes en todos los componentes del sistema literario: edición, crítica, docencia, difusión, entre otros, constituyéndonos en un elemento activo de la lucha contrahegemónica al interior del campo literario y cultural. En tercer lugar, me parece crucial incidir en el horizonte latinoamericano y el sur global para una perspectiva de literatura comparada. Creo necesario forjar nuestra propia agenda y no aquella dictada por las revistas y editoriales transnacionales que apuntan a una producción stajanovista a partir de sus propios intereses científicos, políticos y comerciales, imponiendo una nueva forma de colonialidad sobre los intelectuales de las universidades y los centros de investigación considerados periféricos o subalternos. La subordinación a estas exigencias, la imitación de sus parámetros y el plagio impiden un real debate que parta de nuestros propios intereses intelectuales y que cuestione el nuevo poder colonial e imperial y la de sus satélites nacionales. La crítica literaria, en efecto, debe ser un arma importante para

revelar los mecanismos ideológicos de la opresión del sistema y de sus élites. La lucha por el poder simbólico y material contra ese sistema es crucial en esta era.